

CUANDO EL PREDICADOR TUERCE LA VERDAD
“sobre las motivaciones que llevan a justificar el
pecado propio”

Por

Lorenzo Luévano



Uno de los mayores peligros en la vida de un predicador no es sólo dejar de enseñar la verdad, sino torcerla deliberadamente para justificar su pecado. Trágicamente, este fenómeno no es nuevo. A lo largo de la historia, han existido hombres que comenzaron proclamando fielmente la Palabra de Dios, con celo, convicción y valentía, pero que en algún momento se apartaron del camino. No siempre se trató de un desliz accidental o de una falta temporal: lo más lamentable es cuando esa caída viene acompañada de una reestructuración doctrinal, de una reinterpretación acomodada, diseñada para dar apariencia de legitimidad a lo que Dios ha condenado. El predicador, entonces, se convierte en su propio abogado, no para defenderse del mundo, sino para defenderse de la Palabra.

Este procedimiento no solo es engañoso, sino profundamente dañino. Porque quien tiene influencia doctrinal no peca sólo por sí mismo, sino que arrastra tras de sí a otros. Y quien manipula la Escritura para justificar su error, ya no es simplemente un pecador, sino un falso maestro. Su autoridad ya no proviene de lo alto, sino de su necesidad de justificar lo que practica. Su nuevo “evangelio” ya no nace de la exégesis honesta, sino de su nueva situación personal. Y así, como escribió Pablo, “cambian la verdad de Dios por la mentira” (Romanos 1:25).

La Escritura está llena de advertencias contra esta tendencia. En el Antiguo Testamento, los profetas denunciaron severamente a los líderes religiosos que se corrompieron para suavizar el pecado del pueblo. En Jeremías 6:14, Dios dice: “Y curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz;

y no hay paz.” El contexto revela que los sacerdotes y profetas hablaban palabras agradables para evitar el escándalo, pero al hacerlo se convertían en cómplices del mal. Esa misma lógica está en acción cuando un predicador, sabiendo la verdad, deja de predicarla porque ya no la vive, y luego intenta reformularla para que encaje con su nueva vida.

Una de las motivaciones más comunes es el deseo de seguir en el ministerio sin tener que rendir cuentas. Algunos, después de caer en pecado, especialmente en cuestiones morales como adulterio, fornicación, divorcio o segundos matrimonios ilícitos, no pueden soportar la carga de saberse descalificados. En vez de arrepentirse, dar un paso atrás y aceptar el juicio divino, optan por un camino más cómodo y peligroso, reinterpretar los textos, suavizar los mandamientos, añadir excepciones que Cristo nunca enseñó. El púlpito se convierte entonces en un taller de justificaciones. El estudio bíblico ya no busca la verdad, sino excusas. Y las preguntas que antes incomodaban, ahora se convierten en plataformas para discursos persuasivos, pero vacíos de fidelidad.

La historia eclesiástica ofrece múltiples ejemplos de este fenómeno. Entre los reformadores protestantes del siglo XVI, algunos hombres, tras oponerse con valentía a la corrupción doctrinal de Roma, comenzaron más tarde a suavizar su postura en torno a temas morales. No por mayor comprensión, sino por conveniencia o presión política. En tiempos más recientes, ciertos predicadores de iglesias bíblicas, firmes durante años en su defensa de la indisolubilidad del matrimonio, han terminado enseñando la posibilidad de nuevos matrimonios para personas repudiadas, no porque hallaron un “nuevo argumento bíblico”, sino porque ellos mismos, sus hijos o sus cónyuges cayeron en tales prácticas. La doctrina cambió, pero sólo después de que cambió la situación personal. Y el cambio no fue producto de luz bíblica, sino de sombra moral.

Este patrón también se observa en el Nuevo Testamento. Pablo advierte sobre aquellos que, “queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman” (1 Timoteo 1:7). También denuncia a quienes “se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se efectuó, y trastornan la fe de algunos” (2 Timoteo 2:18). En ambos casos, hay un abandono de

la verdad en favor de un discurso atractivo, novedoso, o útil para sostener un argumento personal. Pero el apóstol no tiene misericordia para tales acciones. A Timoteo lo exhorta a “retener la forma de las sanas palabras” (2 Timoteo 1:13), y a Tito le ordena “reprender duramente” a los que enseñan lo contrario (Tito 1:13).

Los motivos pueden variar, miedo a ser juzgado, deseo de mantener el apoyo financiero de una iglesia, necesidad de salvar las apariencias, o incluso la sincera, pero errada, convicción de que Dios puede cambiar sus demandas ante determinadas circunstancias. Pero cualquiera que sea la motivación, el resultado es el mismo, la verdad se tuerce, la conciencia se endurece, y las almas se extravían. Y el castigo no tarda. Pedro lo dice con toda claridad, “Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado” (2 Pedro 2:21).

Aun más aterradora es la advertencia de Isaías 5:20, “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz!” Eso es exactamente lo que ocurre cuando un predicador cae en pecado y luego cambia la doctrina para defenderse. Llámese fornicación, divorcio, codicia, apostasía o cualquier otro mal, cuando se le da el nombre de virtud, el juicio de Dios se hace inminente. Porque no sólo se ha cometido el pecado, sino que se ha vestido de teología. Y eso es, en toda la Escritura, la forma más grave de corrupción espiritual.

¿Qué debe hacer el pueblo de Dios ante estos casos? Primero, recordar que la autoridad no reside en el predicador, sino en la Palabra. Cuando alguien cambia la enseñanza para acomodar su pecado, ha perdido su autoridad, aunque conserve su audiencia. Segundo, debe examinar los frutos. Jesús dijo que “por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:20). Si un maestro comenzó predicando la verdad, pero ahora justifica lo que antes condenaba, es hora de observar no sólo sus palabras, sino su vida. Y tercero, debe mantenerse firme, incluso si eso implica perder relaciones, reputación o miembros de la iglesia. “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29).

Finalmente, es importante reconocer que todos los hombres son falibles, pero la Palabra de Dios no lo es. Un predicador fiel puede caer, y eso no invalida todo lo que enseñó. Pero cuando ese mismo hombre intenta cambiar lo que enseñó para justificar su nueva conducta, ha cruzado una línea. Ya no es sólo un hombre caído; ahora es un peligro. Ya no necesita solo restauración; necesita arrepentimiento profundo y completo.

Y la iglesia necesita valor para decirlo, amor para advertirlo y reverencia para nunca justificarlo. Porque cuando la verdad se tuerce para justificar el pecado de uno, ya no estamos ante un simple error doctrinal, estamos ante una traición al evangelio mismo.

Cuando un predicador tuerce la verdad, especialmente después de haberla proclamado con fidelidad, es necesario examinar no solo el cambio de contenido en su enseñanza, sino las motivaciones que han llevado a dicha tergiversación. La historia de la iglesia, y de Israel antes de ella, está llena de casos en los que hombres que fueron instrumentos de la verdad terminaron cediendo a sus pasiones, intereses personales o presiones sociales. No siempre se trata de un error exegético o de una evolución doctrinal sincera. Muchas veces, la raíz es moral, un pecado oculto, una caída vergonzosa, una ambición desmedida o una herida emocional no resuelta que, al no tratarse con humildad y arrepentimiento, da paso a una reelaboración de la doctrina para encubrir la culpa.

Lo más alarmante de este fenómeno no es solamente que un predicador se corrompa, sino que lo haga justificándose desde el púlpito. Tuerce la Escritura, no para enseñar a otros, sino para protegerse a sí mismo. Lo que antes condenaba con claridad, ahora lo relativiza; lo que antes era abominación, ahora es un "tema debatible"; lo que antes exhortaba con firmeza, ahora lo matiza con sentimentalismo. Este patrón es muy común, primero se comete el pecado en lo secreto, luego se busca simpatía en lo íntimo, después se introduce una nueva forma de interpretar el texto, y finalmente se proclama desde el púlpito como si fuera una nueva revelación, más "humana", más "comprensiva", más "inclusiva".

Tal camino no solo revela una falta de integridad doctrinal, sino una perversión del ministerio mismo. El predicador que cambia el mensaje de Dios para no condenarse a sí mismo ha dejado de ser heraldo de Cristo para convertirse en abogado de su carne. El púlpito no le pertenece a él, y no está autorizado a ajustar el evangelio a su conveniencia personal. Cuando lo hace, ya no sirve a Cristo, sino a su propio vientre, como dijo el apóstol.

En estos casos, la iglesia no debe callar. Es deber de los miembros que aman la verdad confrontar, discernir y resistir toda enseñanza que tenga como trasfondo la justificación del pecado. No se trata de atacar a personas, sino de proteger la pureza de la doctrina y la salvación de las almas. Si un predicador ha caído, debe arrepentirse, ser restaurado y guardar silencio hasta que dé frutos dignos de arrepentimiento. Pero si en vez de eso decide justificar su pecado doctrinalmente, debe ser denunciado y apartado de la enseñanza.

El alma de la iglesia está en peligro cuando se acepta que el púlpito sea usado como trinchera de defensa del pecado. Cuando eso sucede, el predicador se convierte en piedra de tropiezo, y su palabra ya no edifica, sino que contamina. La fidelidad a Dios exige que se escuche su voz, aunque venga de labios ajenos al pastor caído, y que se rechace todo mensaje, aunque provenga de quien antes fue considerado maestro ejemplar, si su enseñanza ya no se apeg a la verdad revelada. La honra de Dios está por encima del prestigio del hombre, y el evangelio no fue dado para ser manipulado por corazones no arrepentidos.

Ω

Publicaciones

Volviendo a la Biblia

www.volviendoalabiblia.com.mx

5 de agosto de 2025

Se autoriza la distribución de esta obra, citando la fuente y sin alterar su contenido